

Cual retruécano: Guerrero en el cine y el cine de Guerrero

Jon Zabala

Jacinto Guerrero Torres, mejor conocido como el maestro Guerrero —a secas—, autor de considerables piezas musicales, algunas de las cuales aún habitan en la memoria de muchos hispanoparlantes —incluso entre los más jóvenes—, fue un peculiar personaje de la primera mitad del siglo pasado, cuya polifacética y afable personalidad le ganaron el reconocimiento y el cariño de varias generaciones. De hecho, hace un par de meses, en el marco de las cuartas Jornadas de zarzuela, organizadas por la Fundación Jacinto e Inocencio Guerrero, una de las escenas más socorridas y comentadas fue la del funeral del músico toledano. Y este hecho no fue casual, pues, como se puede desprender de las imágenes aquí reproducidas, la muerte del maestro impactó intensamente entre el pueblo llano, el cual sentía por él auténtica adoración y que, al enterarse del suceso, espontáneamente se echó a la calle a decirle adiós.

Según una periodista que le conoció, y que poco después escribió su primera (y única) biografía: “una ola de triste estupor inundó Madrid”, pues “en la calle, en los cafés, en las oficinas, en los tranvías y en el Metro no se habla[ba] de otra cosa”.¹ Es más, la capilla ardiente, establecida en el edificio que albergaba (y aún lo hace) el teatro-cine que con tanto esfuerzo Guerrero levantó —el Colisevm—, fue inundada por una marabunta de gente que entre lágrimas y rezos se despidió del maestro, incluso hasta bien entrada la madrugada, algo que la tibia noche de verano de aquel 16 de septiembre de 1951 favoreció. Y a la mañana siguiente, una tumultuosa comitiva fúnebre le acompañó hasta la Almudena, deteniéndose obligatoriamente por el palacio comprado recientemente por él mismo para acoger a la Sociedad de Autores (aún sede de la SGAE), el Teatro de la Zarzuela y la Plaza de Neptuno.

Pero tras su muerte el recuerdo del maestro no desapareció, pues reconocimientos, homenajes, calles, monumentos... se sucedieron con los años. Y hoy, 65 años después de su desaparición, se sigue hablando y escribiendo sobre él, como ahora en este artículo, donde se pretende

esbozar un casi desconocido vínculo del maestro Guerrero con el séptimo arte, pues el multifacético Jacinto no sólo fue un asiduo asistente a las salas de cine —donde, según su biógrafa, “se le solía ver acompañado de guapas señoritas”—, sino que participó directamente en la parte musical de unas 14 películas que vieron la luz en el período 1925-1945, entre las que figuraban una versión muda (Noriega, 1925) y una sonora (Marquina, 1935) de su inolvidable *Don Quintín el amargao*, o el que fuese el primer largometraje de animación europeo en color, *Garbancito de la Mancha* (Moreno, 1945). Además, fue fundador y formó parte de una empresa cinematográfica —la CEA— que en 1932 surgió para profesionalizar y mejorar técnicamente la producción de historias para la gran pantalla, de cuyos estudios salieron —por ejemplo— algunas de las obras más memorables de nuestro cine, como la película oficialmente guionizada por Franco, *Raza* (Sáenz de Heredia, 1941); una costumbrista y fantástica aventura policíaca de Neville, *La torre de los siete jorobados* (1944); *Los últimos de Filipinas* (Román, 1945), un psicodrama con los típicos tintes de gloria del Régimen, y del que ahora se acaba de rodar un

remake; o el divertidísimo *Bienvenido, Mr. Marshall* (1952), de Luis García Berlanga, que con tan buena salud aún se conserva.

Pero estos y otros asuntos fueron ya contados en las Jornadas antes aludidas, en cuyas actas —cuando se publiquen— se podrán leer los pormenores de este y otros asuntos guerrerianos. En cambio, en estas líneas, y jugando con el quiasmo del título, se presenta un breve panorama de algunas de las películas en las que Guerrero ha aparecido, bien como actor esporádico —si lo fue— o bien con sus melodías y notas.

Sin ánimo de destacar las habilidades histriónicas del popular músico de Ajofrín, pues ciertamente su incursión en el mundo actoral fue más bien puntual —eso que ahora llamamos cameo—, es bastante notable que en 1926, a mediados de la década en la que el invento de los hermanos Lumière se consolidaba en nuestro país, el maestro Guerre-



Funeral y cortejo fúnebre de Jacinto Guerrero [Archivo Regional de la Comunidad de Madrid, fondo fotográfico Santos Yubero, sig. 9051/7, 13, 14, 23, 40 y 45].



El maestro Guerrero durante el rodaje *El camino del amor* (1943) en los estudios de la CEA. Archivo de la Fundación Jacinto e Inocencio Guerrero [sig. F/206].



Algunos fotogramas de *La malcasada* (1929) donde se alude al músico toledano [Archivo de la Fundación Jacinto e Inocencio Guerrero].

ro ya gozaba de tanta popularidad entre la sociedad española de la época —especialmente la madrileña—, que fue invitado por el periodista Francisco Gómez Hidalgo a participar en una película escrita —con José Luis de Lucio—, producida y dirigida por él mismo. Esta, *La malcasada*, era un folletín ambientado en esa burguesía española en la que Guerrero tan bien se desenvolvía, y que debe recordarse en nuestra historia cinematográfica más como un testimonio histórico que como un documento artístico. Y es que, al hilo del relato inspirado en el divorcio “real” de la actriz Carmen Ruiz Moragas (amante de Alfonso XIII y madre de Don Leandro, reconocido como un Borbón en 2003) y el torero mexicano Rodolfo Gaona, retrató a un centenar de archiconocidos rostros de la flor y nata de la sociedad española del momento. Lo mismo importantes personalidades marciales, como un jovencísimo general Franco, sentado junto a los protagonistas y al coronel Millán-Astray en la casa del político y exministro liberal Natalio Rivas; las rotativas del importante diario *ABC*, mostradas a los personajes por tres miembros de la familia Luca de Tena; o famosas celebridades del mundo de la cultura como Miguel Fleta, Ramón del Valle-Inclán, Pedro Muñoz Seca, Azorín, Santiago Rusiñol, Concha Espina o el propio Guerrero, entre muchos otros. De hecho, como anécdota indiscreta, en los intertítulos de la película se aludía expresamente al coche del joven compositor, que aunque apenas superaba los 30, ya tenía un flamante automóvil que, con matrícula 10409 de

Madrid, también se usaba para el desarrollo de la película.

Tres lustros después, casi también de forma fugaz, Guerrero volvió a hacer un cameo en el cine, aunque ahora en una película sonora, *Héroe a la fuerza*, guionizada y dirigida por Benito Perojo en 1941. Aunque desafortunadamente no se conoce copia alguna —o no se ha localizado (aún)—, se sabe que, a diferencia del film anterior, Guerrero no se interpretaba a sí mismo, sino a un pertinaz periodista que en algún momento de la cómica historia entrevistaba a don Rufino Sanz, interpretado por un ya consagrado Miguel Ligeiro. Y como ocurre frecuentemente en este tipo de investigaciones, donde a veces los únicos datos disponibles son los contextuales, los localizados o deducidos a partir de documentos secundarios y/o epítetos mediáticos, de *Héroe a la fuerza* se conserva un guion mecanografiado en la biblioteca de la Filmoteca Española, del que se puede inferir que el músico oralizaba en la película debía ser el de las escenas 177 y 178:

-177-

MEDIO PLANO

Rufino aparece en el salón. Sale a su encuentro el director y varios periodistas. D. Ramiro

también le sale al encuentro. El director le entrega una copa de champán y se la bebe. Va rápidamente a la mesa ambigü y empieza a beber champán, cogiendo las copas de una bandeja que tiene muchas.

D. RAMIRO

¿Ana María, dónde está? ¿La ha visto Vd.?

RUFINO

Si la he visto no me acuerdo.

D. Ramiro se extraña de la contestación.

D. RAMIRO

¿Cómo dice?

Rufino ahora se bebe la copa de D. Ramiro, para ocultar el susto que lleva encima:

RUFINO

¿Quién, yo? ¿Yo no digo nada, no he visto nada, ni sé nada! (Le devuelve la copa vacía) ¡Liquidada!

D. Ramiro sale buscándola como un palomino atontado.

Uno de los periodistas más asiduos le dice a Rufino:

PERIODISTA

Díganos Vd. cosas interesantes. ¿Cómo está el agua?

-178-

PRIMER PLANO

Rufino, ya lanzado con el champán, les contesta muy trágico:

RUFINO

Como la horchata de fría. En estos casos debían calen-

tarla un poquito... ¡Salté a caballo en una ola y las demás se achicaron y me devolvieron su presa!

PERIODISTA

Bueno, pero falta explicar una cosa.

Rufino salido de tono contesta:

RUFINO

¡Está todo más claro que el agua! ¡Fui yo! ¡La salvó este tío! ¡Y la salvo mil veces! ¡Y ojalá se ahoguen todos Vds. para que vean cómo los salvo!

Y curiosamente, como si de un guiño del Olimpo se tratase —en compensación por la desaparición del metraje—, también se conserva en el mismo archivo (fílmico) una “fotografía de rodaje” que inmortaliza ese instante concreto, donde un maduro Jacinto Guerrero —que debía rondar los 45 años— vestía esmoquin y pajarita para interpretar al mentado reportero, mientras el no menos popular Perico Chicote servía champán al alegre protagonista.

Además de las melodías que Guerrero compuso expresamente para acompañar a las 14 películas esbozadas antes —y más extensamente explicadas en las actas de las jornadas dedicadas a los amores y amoríos del maestro, próximas a publicar—, fueron muchas las veces que se usaron sus notas para el revestimiento sonoro de diversas obras del cine y la televisión.

Aunque aquí no se pretende hacer un listado exhaustivo, ni mucho menos, basten algunas pinceladas para secundar la afirmación del primer párrafo, que la música de Guerrero sigue viva aún en la memoria de muchos españoles, aunque no siempre se la asocie a aquel inquieto e incansable artista que echó por tierra —en parte— la máxima bíblica de no ser profeta en su propia tierra.

Precisamente, antes de acabar la tercera década del siglo XX, la popularidad de su música era tal que confluyó su camino con el del afamado cineasta norteamericano David W. Griffith, autor de inmortales títulos como *El nacimiento de una nación* (1915) o *Intolerancia* (1916). Y es que, cuando en 1929 el llamado padre del cine moderno estrenó su película *Lady of the Pavements* (en España titulada *La melodía del amor*, pues ya entonces la traducción de los títulos era tan rocambolesca y divertida como lo es ahora), usó en ella música de Guerrero. No olvidemos que en esos años el cine sonoro empezaba a abrirse camino, y algunas películas mudas se proyectaban con música que, desde un disco de pizarra, se sincronizaba con las escenas. En este caso concreto, se usó un fragmento de *La montería*, cuyo texto se debía a José Ramos Martín, que junto con el joven Jacinto se querelló contra la United Artists por no haber obtenido la autorización para su inclusión. Al final, según se sabe por el número de octubre del *Boletín de la Sociedad de Autores Españoles*, quedó terminantemente prohibida la proyección de la película del cineasta americano en toda España; y hacia los primeros días del año siguiente, Guerrero fue indemnizado con cincuenta mil pesetas, sentando así las bases del reconocimiento de los autores musicales en el cine, lo que al poco tiempo —tal vez— le llevó a participar en una de las



El cameo de Guerrero en *Héroe a la fuerza* (1941) [Fototeca de la Filmoteca Española, sig. F/188/8].



Luis Sagi Vela y “Castrito” en *El huésped del Sevillano* (1940) [Archivo gráfico de la Filmoteca Española].

primeras películas sonoras de factura nacional (aunque rodada en Inglaterra), *La canción del día* (Samuelson, 1930).

Y así, paulatinamente, la música de Guerrero se fue filmando entre los fotogramas de incontables audiovisuales (porque quien escribe no los ha contado), en algunos de modo soslayado y sutil, y en otros de forma más visible y flagrante. Se recuerda, por ejemplo, la primera versión sonora de *Violletes imperiales* (1932), una “bella página de amor” ambientada “en la corte de Napoleón III” pero rodada en Barcelona, dirigida por el cineasta galo Henry Russell e interpretada por Raquel Meller —quien también había protagonizado a Violetta en la versión muda de 1923—, y que se anunciaba “con diálogos, cantos y cuplés en español”, así como “hermosas canciones y preciosa música”, entre las que se incluía la de Guerrero.

Aún en vida, en octubre de 1939, se empezó el rodaje de su afamado *El huésped del sevillano* (Enrique del Campo, 1940). No es casual, quizá, que se eligiesen los estudios fundados por el maestro años atrás, pues esta fue la primera



Jacinto Guerrero en la cola de la taquilla de la empresa Sagarra [Archivo de la Fundación Jacinto e Inocencio Guerrero, sig. F/19].

producción rodada en la CEA tras finalizar la Guerra Civil. El éxito fue respetable y algunos años después, en 1967, la que entonces era la única televisión quiso verter al medio audiovisual un conjunto de zarzuelas a cargo de un otrora afamado Juan de Orduña, que para entonces ya había pasado de moda. La película que nos ocupa fue rodada con cámaras de cine en película de color, aunque la emisión televisiva se vio —obviamente— en blanco y negro, por lo que después se distribuyó en algunas salas de cine, evidenciando claras diferencias técnicas, como la falta de profundidad y textura (derivadas de una pobre iluminación). Con todo, esta fue la segunda obra del maestro que, tras *Don Quintín el amargao*, fue llevada a la pantalla grande más veces. De hecho, en *El extraño viaje* (1964), una de las películas malditas de Fernando Fernán Gómez —que sólo tras la crítica favorable de mi querido amigo Jesús García de Dueñas, fue conocida, reivindicada y hasta premiada—, se podían oír fragmentos del *Huésped* de Guerrero, que varias

La música de Guerrero se fue filtrando entre los fotogramas de incontables audiovisuales, en algunos de modo soslayado y sutil, y en otros de forma más visible y flagrante

décadas después también fue evocado en la pequeña pantalla por Josema Yuste y Millán Salcedo en su *A ver, a ver* (1991), donde parodiaron con peculiar estilo el *Canto a la espada toledana*.

En 1988, cuando ya habían pasado seis décadas desde el estreno de *La orgía dorada* —obra de Muñoz Seca et al., con música de Benlloch y Guerrero—, se estrenó una

comedia negra —como es quizá este país— cuyo título aludía directamente a uno de los pasodobles más conocidos del maestro, *Soldadito español*. En ella, Giménez-Rico, con un guion coescrito con el genial Rafael Azcona, ponía sobre el celuloide el drama que suponía para muchos jóvenes cumplir obligatoriamente con el servicio militar. Y así, entre altos rangos jubilados (Luis Escobar), tíos curas (Miguel Rellán), músicos militares pusilánimes (Juan Luis Galiardo) o una novia accidentalmente embarazada (Maribel Verdú), la marcha militar de Guerrero —aún hoy socorrida en desfiles y eventos castrenses— aportaba tono, fondo y emoción a la pantalla, por lo que mi también querido amigo José Luis García Sánchez la incluyó en la banda sonora de *La marcha verde* (2001), cuyo guion

igualmente escribió junto a Rafael Azcona.

Como ya se decía, la nómina de películas, es algo más extensa, entre las que destacan *Amar en tiempos del cólera* (Newell, 2007), *Volver* (Almodóvar, 2006), *Cándida* (Fesser, 2006), *Coronación* (Caiozzi, 2000), *Piernas cruzadas* (Villaseñor, 1984), *La Coquito* (Masó, 1977), *La reina de Chantecler* (Gil, 1962), *Pecado de amor* (Amadori, 1961), *Pelusa* (Setó, 1960), *La Lupa* (Lucia, 1955)...

Y para terminar, ahora que aún siguen frescas las Navidades, convendría traer a la memoria a una no muy destacada (cinematográficamente hablando) película que en 1971 estrenó Rafael Gil, con un repertorio encabezado por Tony Leblanc y Esperanza Roy, *El sobre verde*. En ella, aunque el único paralelismo con la revista de los años veinte era el título, pues poco (o nada) tenía que ver la historia de Paradas y Jiménez —cuyo argumento original sólo servía de telón de fondo de este nuevo—, sí se conservaban varias de las contagiosas melodías de Guerrero, como el afamado

Chotis de la garsón o la marcha del *El gordo de Navidad*. Seguro que muchos de los lectores, ahora al leer estas líneas oigan internamente algunas de sus notas, y piensen como entonces: “ahí va, ahí va, el gordo de Navidad; ¿quién lo cogerá? ¿quién lo pescará? El que lo atrape feliz será, mas sabe Dios dónde caerá”... Y aunque es probable que la

diosa fortuna no les haya sonreído en los pasados sorteos, siempre les quedará ver una buena película, y mejor aún si ésta tiene música de Guerrero. ●

¹ Josefina Carabias: *El maestro Guerrero fue así*. Madrid: Biblioteca Nueva / Fundación Jacinto e Inocencio Guerrero, 2001, p. 186.